LUZ Y MÁS LUZ

Por Javier Leoz

Agua, luz y vida son tres nos llevan hacia el Domingo de Ramos. El domingo, la Samaritana comenzó a caminar en su interior en espíritu y verdad y, hoy, con el ciego de nacimiento vemos que a pesar de la oscuridad se encontraba externamente, una luz imponente y poderosa brotaba desde lo más hondo de su humanidad. Supo reconocer al que era Luz sobre toda luz y... su vida cambió de color y mudó de la tiniebla a la claridad. ¡Creo, Señor! Supo ver, aún sin ver, en dónde estaba el remedio a su mal físico y también postrarse reconociendo el señorío de Dios. Por el contrario, muchos de los que asistían a aquel prodigio, veían con nitidez los acontecimientos pero por dentro seguían sin ver nada en absoluto. Sus corazones permanecían obstinados.

1.- En este domingo, las lecturas, nos invitan a tomar posiciones. ¿Estamos del lado de la tiniebla o de la luz? ¿Al lado de Jesús o en su contra? Como a los dos ladrones que serán clavados a la izquierda y a la derecha de Jesús, en medio de la ceguera física de un hombre, el Señor ofrece lo que tiene. Unos, los más pobres, lo descubrieron pronto. Otros, los más sabios, intentaron por todos los medios silenciarlo.

Al ciego, el Señor, le hace renacer en doble sentido: física y espiritualmente. Responderá, y no por egoísmo sino por convencimiento, con un límpido: ¡CREO, SEÑOR!

También a nosotros nos puede hacer falta ese último toque, esa última respuesta con la que descubrió sus entrañas el que hasta entonces no veía. ¿Creemos con todas las consecuencias que Jesús es el Señor? ¿Lo ponemos en el lugar que le corresponde? ¿No corremos muchas veces el riesgo de catalogarlo como un personaje histórico pero sin trascendencia en nuestro crecimiento y descubrimiento espiritual?

Qué bien ilustra, en este sentido, una anécdota ocurrida a un sacerdote. Se presentaron unos padres en su despacho con la intencionalidad de bautizar a su hijo recién nacido. El sacerdote les preguntaba: ¿Y sabéis lo qué significa estar bautizado? ¿Por qué pedís el bautismo para el niño? La respuesta, aún rápida, era sincera: bueno a nosotros nos importa muy poco la vida cristiana, pero queremos seguir la tradición familiar. Gran reto el que tenemos actualmente: que las nuevas generaciones descubran al Señor cara a cara. Que lo experimenten a flor de piel.

2.- Siglos después, ese mismo Cristo, sigue pasando a nuestro lado. Nos ve ciegos con muchas cosas. Tanto que, a veces, confundimos lo divino con lo humano, el ver

con el tocar, el placer con el amor, el tener con la felicidad, el sensacionalismo con la verdad.

Necesitamos, siglos después, que Jesús nos toque por dentro. Que despierte nuestro apetito por El y por las cosas de su reino.

Hoy muchos de nuestros contemporáneos, muchos niños que nacen a este mundo, vienen "ciegos de nacimiento" para la fe. Nacen en un mundo donde los valores eternos son puestos en jaque; en unas familias donde rezar, bendecir la mesa o llevar una vida medianamente cristiana es lo excepcional. ¿Y eso no produce ceguera espiritual? ¿Cómo van a ver si nadie les enseña? ¿Cómo van a descubrir si nadie les abre a otras realidades invisibles pero reales?

4.- Que el Señor, en esta Santa Cuaresma, nos ayude a recuperar la vista espiritual. Que nos empuje a reflexionar sobre esa penumbra que se abre como un inmenso paraguas sobre tantas almas (a veces sobre la nuestra). Que no deje de pasar por nuestro lado, para que cuando lo escuchemos, sepamos reconocerle y recuperar la luz por el don de la fe en Cristo: es la LUZ sobre toda luz.

Pidamos al Señor que la percepción de todo lo que acontece a nuestro alrededor no sea causa de nuestro abandono y de nuestra ceguera espiritual, de tiniebla en nuestra vida interior.

5.- QUIERO VER, SEÑOR, PERO CONTIGO

Tócame, Señor, porque sabes que soy débil barro

y, con tu mano, en un poco más de barro

pon sobre mis ojos algo que despierte mi ceguera.

¡Son tantas cosas las que no veo con claridad!

Confundo, la verdad, con mis propias verdades

tu voluntad con mis oportunos caprichos.

Quiero ver, Señor, pero con tus ojos.

Que no me conforme con lo puramente externo

con aquello que, siendo bueno,

me dice que Tú no puedes darme la luz que necesito

con aquello que, siendo luminoso,

no llega a clarificar mi conciencia ni mi destino.

¿Me ayudarás, Señor, a ver como Tú y contigo?

Que contemple las maravillas del mundo

pero que lo haga con ojos agradecidos hacia el cielo

Porque, en cuántos momentos,

llego a pensar que todo lo que me rodea y siento

es obra exclusiva de la invención del hombre

¿Me ayudarás, Señor, a superar la ceguera espiritual?

¿Me curarás cuando mis ojos ya no lloren por los demás?

¿Limpiarás mis miradas cuando sean egoístas y vacías?

¿Enseñarás a mis ojos el resplandor de tu rostro, Señor?

QUIERO VER, SEÑOR, PERO CONTIGO

Que, en el horizonte, sepa descubrirte como lo más importante

Que no me falle, hoy ni nunca, el telescopio de la fe

Ese telescopio que sabe llegar donde el ojo humano no alcanza

Esa fe que es lente perfecta para sentirte y vivirte

y para reconocerte como lo que eres: ¡El Señor!

Ayúdame, Señor, a creer en Ti, a esperar en Ti

sin condiciones, pruebas ni exigencias.

Ayúdame, Señor, a verte por encima de toda apariencia

más allá de aquello que, mi ceguera espiritual,

me invita a engañarme diciéndome que no existes.

Amén.